

EL MONUMENTO A D. JOSÉ YANGUAS JIMÉNEZ, EN LINARES

Por Joaquín Manuel Álvarez Cruz

RESUMEN

En este artículo se lleva a cabo un estudio histórico-artístico del desaparecido monumento a D. José Yanguas Jiménez, jurisconsulto y prohombre de Linares durante el reinado de Alfonso XIII, quien en repetidas ocasiones ocupó la alcaldía local, dotando a la ciudad de importantes instituciones y realizando notables mejoras públicas. El conjunto escultórico, levantado por Lorenzo Coullaut Valera en 1928, dentro de una estética realista, aunque algo renovada como correspondía a las fechas, fue brutalmente derribado tras la proclamación de la II República en abril de 1931, desconociéndose en la actualidad el paradero de sus restos.

Summary

In this article it is carried out a historical-artistic study from the missing monument to D. José Yanguas Jiménez, lawyer and master of Linares during XIII Alfonso's reign who occupied the local governorship in repeated occasions, endowing to the city of important institutions of public service and carrying out notable improvements in their infrastructures. The sculptural group, lifted by Lorenzo Coullaut Valera in 1928, inside a realistic aesthetics, although something renovated as it corresponded to the dates, was brutally demolished in the immediate days to the proclamation of the II Republic in April of 1931, being ignored the whereabouts of its remains at the present time.

LA Dictadura del general Primo de Rivera, en su intento de hacer *tabula rasa* sobre la inoperante Administración anterior, supuso el ascenso a la dirección de sus cuadros, y a la del Gobierno nacional, de un abundante número de neófitos, posiblemente por su procedencia de la carrera militar o por su condición de advenedizos, que no habían participado de manera relevante en la etapa política precedente. Entre ellos destacó por su brillantez don José Yanguas Messía (1890-1974). Nacido en Linares, estudió abogacía, y a los treinta años logró ser catedrático en la Universidad Central. Elegido diputado, ejerció también importantes misiones diplomáticas que le aportaron un profundo conocimiento de los asuntos exteriores de España. Por ello, y por su vinculación ideológica al nuevo régimen, el marqués de Estella le nombró, en su segundo Gobierno, ministro de Estado. No obstante, en febrero de 1927, presentó su dimisión al cargo, cansado de las constantes ingerencias de Primo de Rivera en su gestión. De todos modos, éste no quiso prescindir de sus servicios, y siete meses más tarde, en octubre, le designó como presidente de la Asamblea Nacional Consultiva.

Esta brillante trayectoria política prestigió notablemente a sus familiares de Linares, especialmente a su padre, don José Yanguas Jiménez, ilustre jurisconsulto, elocuente orador, notable literato, pero sobre todo uno de los más importantes prohombres locales. Desde su prepotente posición, que le llevó varias veces a la alcaldía municipal, propició importantes realizaciones para la ciudad: varios centros escolares; la Escuela de Profesores de Primera Enseñanza; la Escuela Industrial; el Laboratorio Municipal; el Parque de Desinfección; la Cámara Minera; el Cuerpo de Bomberos; la Banda Municipal; la restauración del Santuario de la Virgen de Linarejos, y numerosas obras públicas, entre las que podrían destacarse las de embellecimiento del Paseo de Linarejos. Por todo ello, cuando falleció, el 27 de enero de 1926, sus paisanos más ilustres decidieron rendirle un homenaje con la erección de un monumento que le perpetuase. Formaron una comisión gestora, en la que destacarían por su labor don Emilio Moreno Callejón, don Antonio García Ferroyol y don Antonio Sempere (1); propiciaron una suscripción popular para la financiación de la obra; y se la encargaron, en los últimos meses de 1926, a Lorenzo Coullaut Valera, artista de reconocida valía en la ciudad por sus trabajos en el Hospital de los Marqueses de Linares.

Los numerosos encargos que el escultor tenía comprometidos en aquellos momentos le impidieron concluir el monumento en la fecha conve-

(1) «Pues sabrás Inés Hermana». En *Don Lope de Sosa*, núm. 172. Abril de 1927. Pág. 127.

nida, hacia junio de 1927, por lo que no estuvo terminado hasta marzo del año siguiente.

Portando la toga de abogado, el efigiado aparecía sedente, en actitud majestuosa, sobre un altísimo y macizo pedestal, que se levantaba en el centro de la Plaza del Bermejál. La estatua fue inaugurada y entregada a la ciudad en la gris mañana del 10 de marzo de 1928. Asistió bastante público, y entre las personalidades estuvieron: don Gregorio Garzón García, que entregó el monumento; el alcalde accidental, Sr. marqués de Busianos, que lo recibió; el gobernador civil de la provincia, don José Domínguez Manresa, y algunos representantes de la industria minera local. Por parte de la familia asistieron la viuda de don José Yanguas Jiménez, doña Luisa Gómez Vizcaíno, y sus hijos don José Yanguas Messía, don Luis Carlos Yanguas Gómez y la Srta. María Lourdes Yanguas Gómez. Los elogiosos discursos fueron varios, y entre ellos estuvo el del mayor de sus hijos (2).

No estaría mucho tiempo el monumento en su lugar. El 14 de abril de 1931 fue proclamada la II República, y a los pocos días los linarenses más humildes, los menos afortunados, se lanzaron sobre aquel símbolo de la oligarquía que les había estado oprimiendo y explotando en las minas de plomo. Las masas llegaron junto a la estatua, le ataron una soga al cuello, la tumbaron, y la arrastraron, golpearon y zahirieron de cuantas maneras supieron, para después abandonarla frente a las Casas Consistoriales. En las sesiones celebradas por el Cabildo en los primeros días de mayo, se estudió el futuro del monumento. Se barajaron las posibilidades de donarlo a los herederos del efigiado, de vendérselo o de almacenarlo, aunque esta última era la menos factible por cuanto la Corporación en pleno estaba de acuerdo en hacerlo desaparecer (3). A pesar de ello, durante algunos años permaneció en las dependencias municipales, hasta que durante la Guerra Civil, y según versiones no perfectamente contrastadas, fue fundido y el bronce reutilizado.

DESCRIPCIÓN

Primitivamente situado en la Plaza del Bermejál, en la ciudad de Linares, actualmente ya no ornamenta aquel lugar, por cuanto durante la II Re-

(2) CAZABÁN, Alfredo: «Impresión de un acto. El monumento a Yanguas Jiménez». En *Don Lope de Sosa*, núm. 172. Abril de 1927. Pág. 127.

(3) Archivo Municipal de Linares. *Actas Municipales*. Sesión del 8 de mayo de 1931. S/f.

pública fue derribado. No obstante, se conservan: el proyecto monumental, en lápiz plomo, sanguina y tiza; un boceto del mismo, en escayola, propiedad de los herederos de don Luis Carlos Yanguas, hijo del efigiado, quien lo conservaba en su domicilio de linarense; varias buenas fotografías del modelo de la estatua; y algún que otro fotograbado de prensa posterior a su inauguración. Variado repertorio de testimonios que nos permiten poder intentar su ideal reconstrucción.

El monumento se levantaba sobre una escalinata, que actuando como estereobato soportaba el pedestal. Éste se componía de un vigoroso y monumental bloque, con el frente algo curvado en planta y las esquinas levemente achaflanadas. Encima, adaptándose tan fielmente a él que venía a ser su prolongación, se situaba el sillón, que mantenía tanto el recio aspecto como el pétreo material. Por último, coronaba el conjunto, la estatua sedente de don José Yanguas Jiménez. Tan robusta como su soporte, aunque broncea, le mostraba seguro y omnipotente, ataviado con su toga de abogado, mirando hacia el frente, circunspecto, pero no duro.

Acompañaban al conjunto una abundante epigrafía. En el frontal del pedestal se leía: «LINARES A YANGUAS». Y en sus caras laterales, respectivamente: «DON JOSE MARIA YANGUAS JIMENEZ, ILUSTRE HIJO DE LA CIUDAD DE LINARES, A CUYO AGRADECIMIENTO CONSAGRO TODOS LOS ANHELOS DE SU VOLUNTAD INFATIGABLE»; y, «NACIO EL 13 DE OCTUBRE DE 1862. MURIO EL 27 DE ENERO DE 1926; Y BRILLO POR LA ELOCUENCIA DE SU PALABRA, POR EL PODER DE SU INTELIGENCIA, POR LA NOBLE GENEROSIDAD DE SU ALMA. LINARES FUE EL GRAN AMOR DE SU VIDA» (4).

ICONOGRAFÍA

Poca iconografía cabe a un monumento dotado de tanta epigrafía. Sin embargo, el carácter macizo, robusto y recio de su trazado no puede por menos de remitirnos a la significación de la figura del efigiado en el contexto de Linares, la que sentían y admiraban los miembros de la comisión que lo levantó, la del baluarte de las fuerzas vivas locales, inamovible e inaccesible,

(4) CAZABÁN, Alfredo: «Impresión de un acto. El monumento a Yanguas Jiménez». En *Don Lope de Sosa*, núm. 184. Abril 1928. Págs. 101-104.

protegido por el gran conocimiento de las leyes que le daba su condición de jurisconsulto, como rezaba la toga que vestía, pero en absoluto inicuo.

Sin que entremos ni salgamos en ningún tipo de juicios de valor, ya que estos prohombres tuvieron su lugar y su función dentro del desenvolvimiento histórico de la España reciente, sus paisanos, aquellos que no pertenecían como él al grupo social de los privilegiados, no pudieron soportar este homenaje al régimen socioeconómico que les oprimía, al menos ellos así entendieron el significado del monumento, de manera que, cuando la coyuntura lo permitió, no dudaron un instante en hacerlo desaparecer.

ANÁLISIS ESTILÍSTICO

Estilísticamente resulta difícil hacer el estudio de una obra presuntamente desaparecida. Aun así, en el caso de la que nos ocupa han llegado hasta nosotros varios y muy interesantes documentos que nos permiten enfrentarlo con el exigible rigor.

De todas formas, sería conveniente que antes de iniciarlo nos situáramos ante la personalidad artística de su autor. Lorenzo Coullaut Valera (1876-1932) fue uno de los escultores españoles más importantes del reinado de Alfonso XIII. Nacido en Marchena (Sevilla), se formó con Antonio Susillo y Agustín Querol. Sus éxitos en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes y en muchos de los concursos monumentales a los que se presentó le permitieron jalonar una brillante carrera artística en la que su talento le permitió enfrentar todos los géneros, desde el retrato al relieve, pasando por la imaginaria y la escultura funeraria. No obstante, su especialidad la constituyeron los monumentos públicos, de los que llegaría a levantar una treintena entre España e Iberoamérica. Entre ellos destacan los madrileños a los *Saineteros*, *Campoamor*, *Echegaray*, *Juan Valera*, *Cervantes* y *Hermanos Álvarez Quintero*; los sevillanos a *Bécquer*, la *Inmaculada Concepción* y *Colón*; los gallegos a *Curros Enríquez* y *Emilia Pardo Bazán*; y los de Pereda, en Santander, *Sagrado Corazón de Jesús*, en Bilbao, y *Navarro Villaoslada*, en Pamplona. Su estilo se mantuvo siempre dentro del realismo aprendido de sus maestros, aunque procuró actualizarlo, primero con la sugestión del *art nouveau* y después, ya en su madurez, liberándolo de adherencias pictoristas para hacerlo más sobrio, sincero y hermoso, lo que le acercará al final de su carrera a planteamientos parecidos a los del realismo castellano

y el clasicismo mediterraneista, las tendencias sobre las que pivotaba la renovación plástica hispana de la tercera década del siglo XX (5).

La concepción general del monumento se ofrece muy moderna y elegante gracias a la orgánica fusión entre el sillón sobre el que se sienta el efigiado y el pedestal en el que se apoya, al punto que conforman un todo continuo. A ello contribuye en buena medida el que ambos participan de la misma sencillez geometrizable y robustez formal, rasgos que evidencian el impacto del *art déco*, corriente estética triunfante en aquellos años inmediatos a la gran Exposición de Artes Decorativas, celebrada en París, en 1925, certamen en la que no sólo se dio a conocer, sino que triunfó, alcanzando, a pesar de su condición ornamental, a la arquitectura, escultura y pintura. En buena medida fue heredera del *art nouveau* que pareció volver a nacer rejuvenecido con el aporte de las *vanguardias*, y en especial del cubismo. De este modo el pedestal, lo mismo que los edificios, muebles u otras creaciones vinculadas con esta tendencia, se resuelve con el empleo de formas cúbicas, simples y rotundas, aunque suavizadas con curvas, normalmente simples como el abombamiento elíptico de su frente, los acuerdos que unen sus cuerpos laterales con el sillón, o el tratamiento dado a la unión frontal entre los brazos y patas de éste, lo mismo que al copete de su respaldo. La modernidad del conjunto se ve acentuada por la casi total ausencia de apelaciones a los históricos estilos arquitectónicos, de los que sólo queda algún eco formal en las curvas de los acuerdos y del frente del asiento.

(5) Véase sobre Lorenzo Coullaut Valera: SERRANO FATIGATI, Enrique: *La escultura en Madrid desde mediados del siglo XVI hasta nuestros días*. Madrid, Hauser y Menet, 1912, págs. 388-390. CASCALES MUÑOZ, José: *Las Bellas Artes Plásticas en Sevilla. La pintura, la escultura y la cerámica artística desde el siglo XIII hasta nuestros días*. Toledo, 1929. T. II. págs. 66-71. GAYA NUÑO, Juan Antonio: «Arte del siglo XX». En *Ars Hispaniae*. T. XXII. Madrid, Plus Ultra, 1977. Pág. 85. BANDA Y VARGAS, Antonio de la: «Semblanza del escultor Lorenzo Coullaut Valera». En *Boletín de Bellas Artes*, 2.ª época, núm. VII. Sevilla, 1979. págs. 45-59. NAVASCUÉS PALACIO, Pedro; PÉREZ REYES, Carlos, y ARIAS DE COSSÍO, Ana María: «El siglo XIX». En *Historia del Arte Hispánico*. T. V. Madrid, Alhambra, 1979. págs. 215-216. SAMBRICIO Y RIVERA ECHEGARAY, Carlos; PORTELA SANDOVAL, Francisco, y TORRALBA SORIANO, Federico: «El siglo XX». En *Historia del Arte Hispánico*. T. VI. Madrid, Alhambra, 1980. Pág. 153. BLÁZQUEZ SÁNCHEZ, Fausto: *La escultura sevillana en la época de la Exposición Iberoamericana, 1900-1930*. Ávila, 1989. págs. 107, 108, 117-120, 154, 159, 160, 162, 163, 167. REYERO, Carlos, y PREIXA, Mireia: *Pintura y escultura en España, 1800-1910*. Madrid, Cátedra, 1995. Págs. 274, 275, 281, 283, 286, 295. ÁLVAREZ CRUZ, Joaquín Manuel: *La obra escultórica de Lorenzo Coullaut Valera*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Sevilla, 1996. GAJATE GARCÍA, José María: *La obra escultórica de Lorenzo y Federico Coullaut Valera en Madrid*. Madrid, 1997.

El modelo del que partió Coullaut Valera para la realización de este trabajo fue el monumento que en 1919 levantó a Enrique Peinador en el balneario de Mondáriz, fundación de este ilustre prócer. En él encontramos ya una estatua sedente, casi fundida con el pedestal, en el que no existe la más mínima apelación historicista. Sin embargo, su tono sencillo y comedido, es muy distinto de la retórica grandilocuente con la que embargaría su encargo para Linares.

A conseguirlo contribuyeron muchos elementos. En primer lugar la composición, cerrada, maciza, conseguida en base a la superposición de un cubo, conformado por el pedestal, y una pirámide, trazada por la estatua sedente. No obstante, ambos elementos quedaban perfectamente fundidos, al punto de situarnos ante una solución muy poco frecuente, cuyos antecedentes podrían remontarse a algunos trabajos modernistas de Querol o Blay, pero mucho menos explícitos en la síntesis y por tanto menos originales, además de carentes del vigor expresivo que la sencilla arquitectura usada por Coullaut impelía a la escultura. En segundo lugar el tratamiento formal del pedestal y de la figura, a base de volúmenes macizos, cerrados sobre sí mismos y poderosos, resueltos con unos amplios planos de modelado, en los que puede advertirse el avance hacia el último estilo de Coullaut.

Se percibe cómo el escultor va abandonando lo descriptivo, para centrarse en torno a valores puramente plásticos. Coullaut Valera siempre fue un escultor realista, aunque insatisfecho con el *barroco 1900* que le enseñaron sus maestros. Por ello pretendió darle un mayor contenido conceptual y estético dejándose arrastrar por las sugerencias del simbolismo y del modernismo, para después intentar encontrar lo que de verdadero e imperecedero podía haber en una creación plástica basada en el estudio del natural. Ello le llevaría a acercarse a soluciones del clasicismo antiguo y moderno, pues en ellas es donde mejor se plasma ese equilibrio entre naturalismo e idealismo, que él quería aplicar a los temas de su época, a los que le encargaban sus comitentes. Precisamente en esa línea estaba la estatua de Yanguas, donde la fidelidad con el modelo es una premisa irrenunciable, pero abandonando los detalles innecesarios para buscar una escultura de volúmenes adecuados a su índole, al material que los soporta y a la idea que han de dar forma.

La somera descripción queda a un lado y con una actitud moderna el escultor busca una fórmula que permita seguir siendo fiel al natural, pero también a los verdaderos valores de la Escultura, donde las formas sean hijas

del material que las soporta, o al menos atiendan a la solidez propia de este arte, y donde los volúmenes respondan a su propia sintaxis en la plasmación de una idea y no al capricho exigido por la anécdota. De este modo, la toga de letrado le permite huir de los detalles accesorios de la vestimenta, mínimamente planteados en su apertura frontal, como ejercicio de oficio, para jugar con los pliegues y los volúmenes, a través de un modelado amplio, vigoroso, sobrio y elegante, que atiende a la caracterización socioprofesional y psicológica del personaje. Algo parecido ocurre en la cabeza y el rostro, donde el modelado resuelto en clave de sobriedad permite al escultor encontrar el equilibrio entre el natural y la expresión de una idea superior, en este caso la personalidad brillante y carismática del efigiado. En fin, un modelado magistral que sabe transmitir la sensación de masa propia de la escultura, perdida en muchos bronce decimonónicos y tardodecimonónicos, y estar en el justo medio entre las calidades y los volúmenes.

Aunque el monumento fue concebido para centrar una plaza, y por tanto para ser contemplado en su derredor, de lo que era claro testimonio la presencia de epigrafías en tres de sus frentes, Coullaut Valera prefirió buscar un punto de vista frontal para concentrar en él toda su fuerza expresiva.

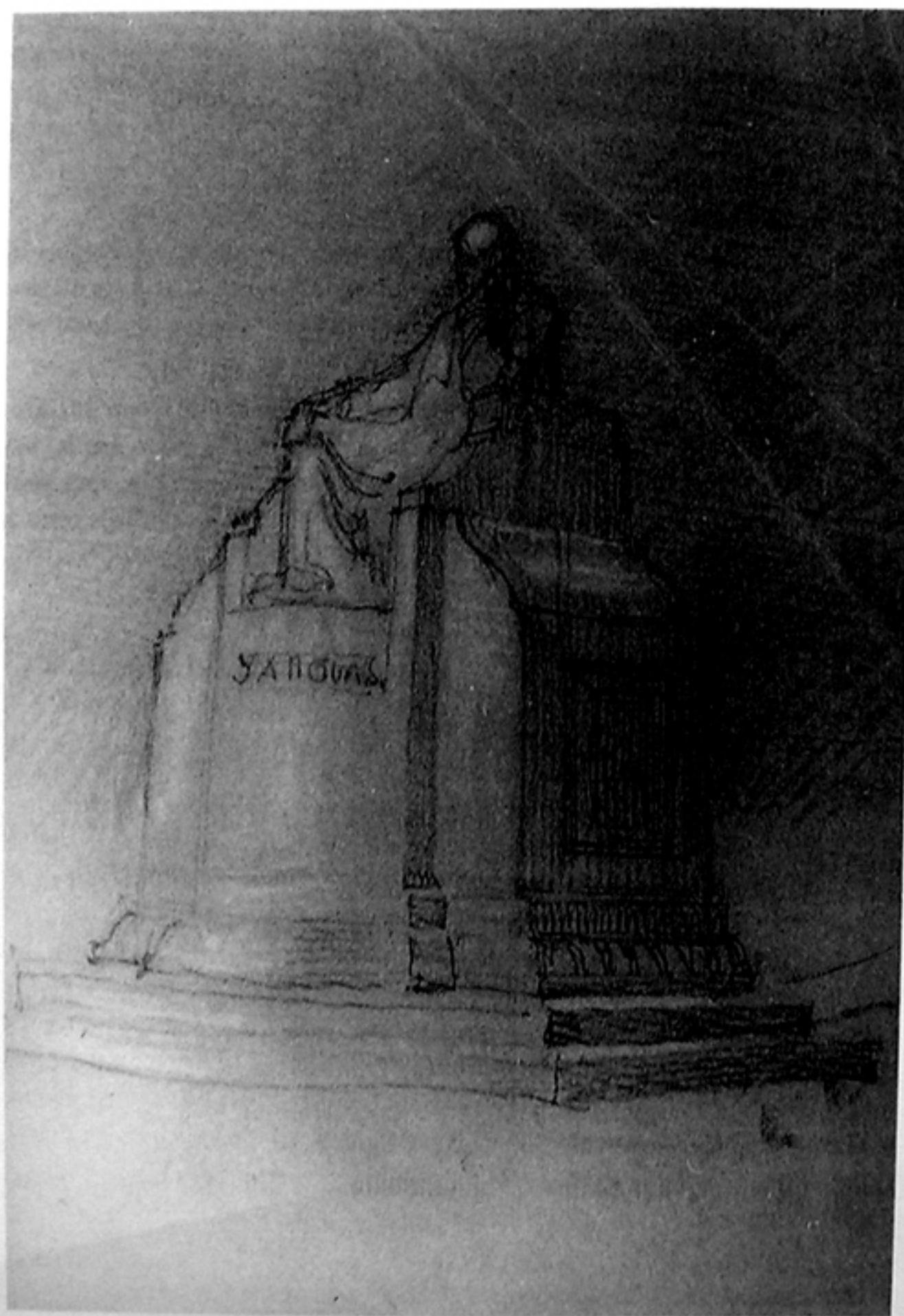
A pesar de que en el conjunto predominaba la robustez y la grandilocuencia, reflejos del prestigio y poder de Yanguas en Linares, el escultor quiso dejar testimonio de que también fue un intelectual esclarecido. De este modo, aunque en el proyecto primigenio, quizá siguiendo el modelo del monumento a Peinador, lo presentaba relajado y en una pose que recordaba al *Pensador* de Rodín, prefirió caracterizarlo más en consonancia con su condición de brillante abogado, es decir, dando importancia a los aspectos racionales y públicos de su personalidad. Para ello lo mostró frontal, sereno, equilibrado, pero no relajado, con una faz armoniosa de mirada directa y limpia, abierta al espectador. Sin embargo, para paliar el hieratismo que estas soluciones aparejaban, intentó suavizarlas evitando cualquier tensión en la actitud, lo mismo que la exacta simetría compositiva, lo que se manifestaba en la distinta flexión de los brazos y el leve adelantamiento del pie derecho. De todas formas, las manos cerradas evidenciaban un rasgo de distanciamiento presente en su carácter. El resultado fue un retrato público, aunque con voluntad de profundización psicológica.

En relación con la expresión y la ubicación exterior del conjunto quedaba su tratamiento lumínico, que buscaba envolver al efigiado en un aura resplandeciente que culminaba en su rostro. Se lograba mediante los claros

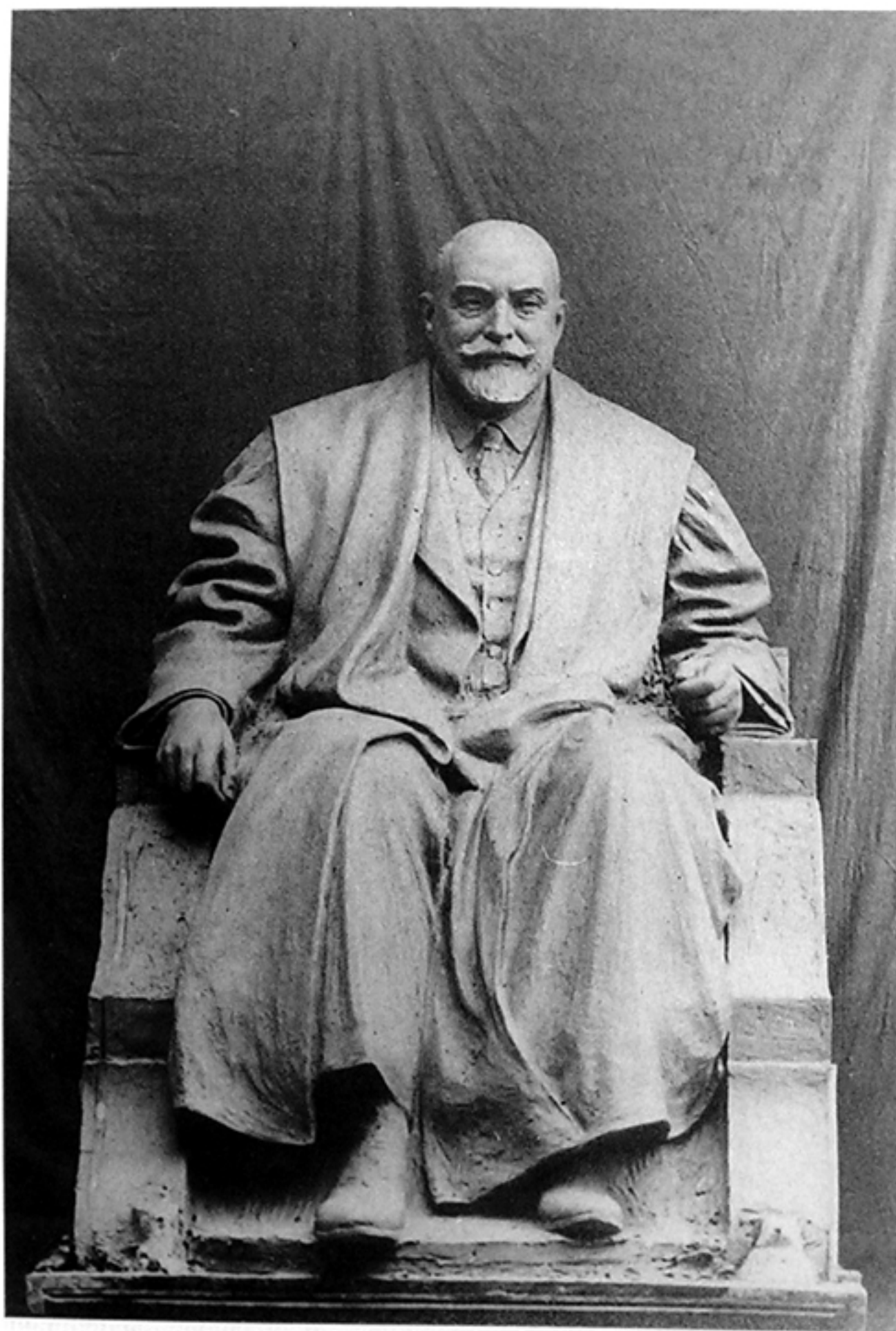
que ascendían por los amplios pliegues de la toga, reforzados en el contraste con los oscuros producidos por los menudos dobleces de las mangas o por los detalles de la chaqueta, chaleco, camisa y corbata, que se apreciaban por su frente abierto. Y a través de una faz correctísima, ornada con una barba prieta y límpida, y coronada por una bóveda craneana refulgente en su calvicie.

De los demás aspectos de la obra, los de oficio, técnica o corrección formal, sólo podríamos decir que una vez más revelaron la gran profesionalidad de Coullaut Valera, quien para la fecha del monumento se encontraba en un avanzado estado de madurez estilística.

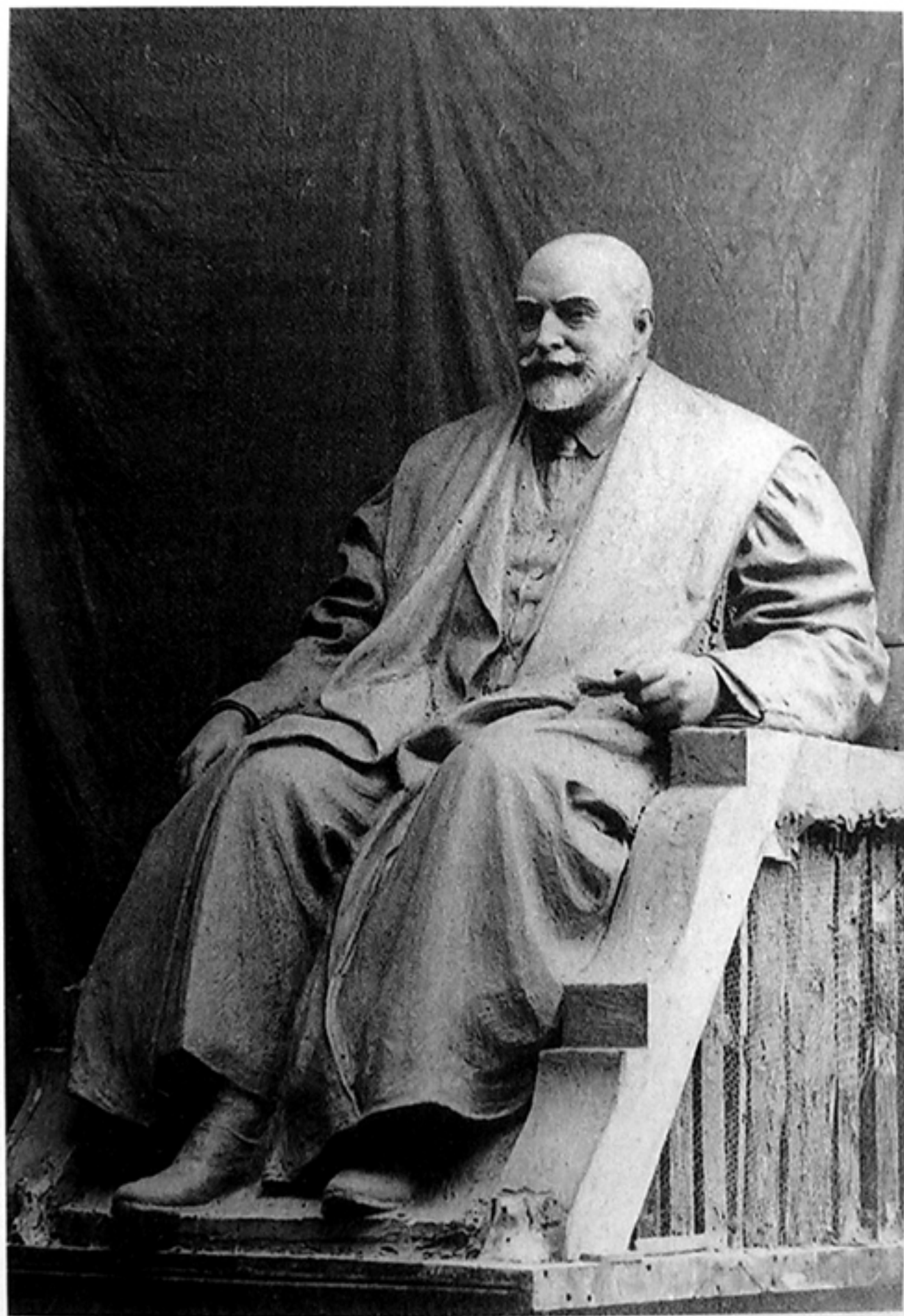
En fin, un interesante ejemplo en la producción final de Coullaut, desgraciadamente desaparecido. Aun así, nos muestra a un escultor que ha sabido evolucionar desde dentro, no por modas externas, sino acercándose paulatinamente a los valores más genuinos de su arte, los que no llegaría a asumir del todo por causa de su precoz muerte.



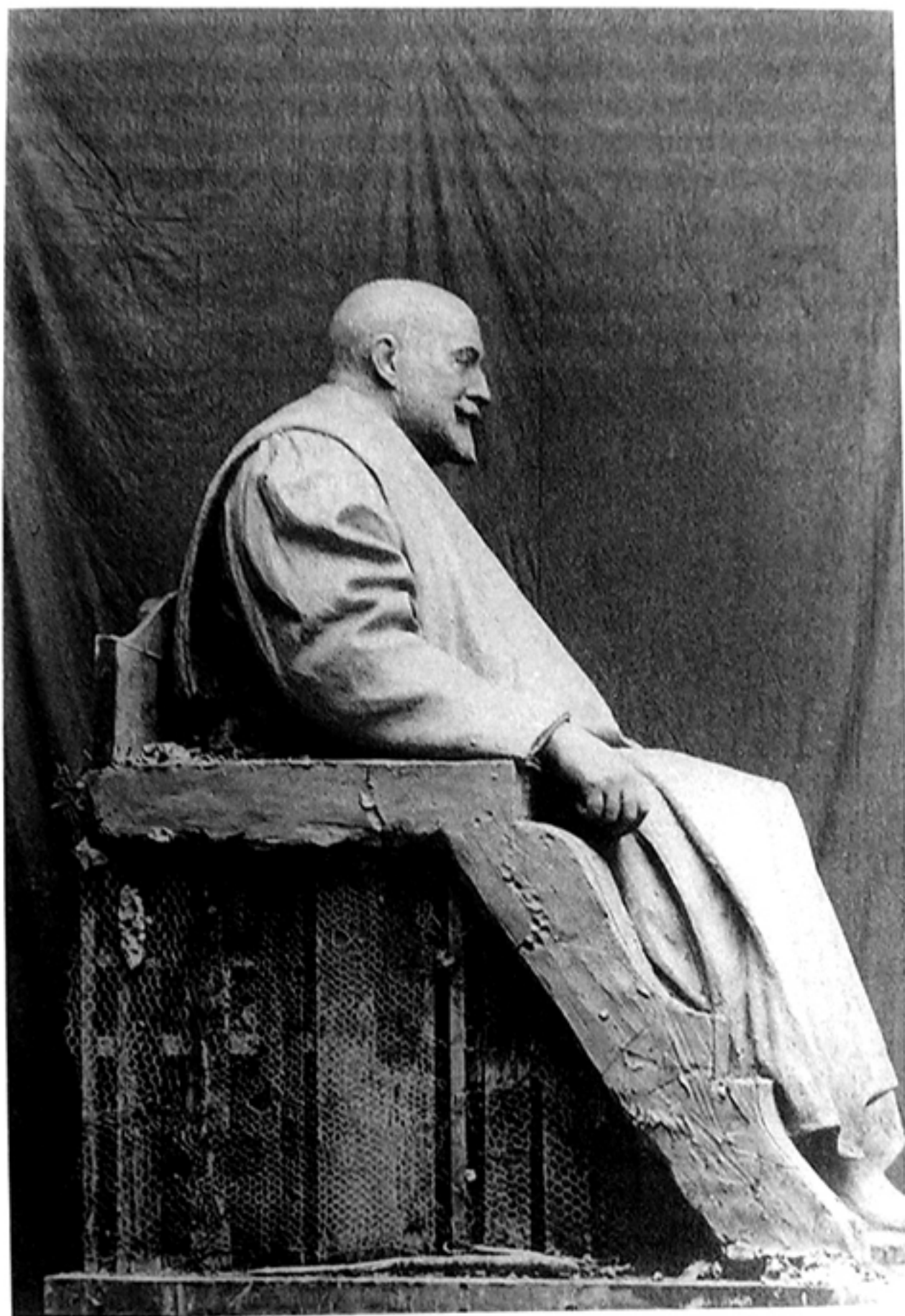
Lám. 1.—Boceto en lápiz plomo y sanguina del monumento a José Yanguas Jiménez.



Lám. 2.—Modelo de la estatua de José Yanguas Jiménez, visto desde el frente.



Lám. 3.—Modelo estatua de José Yanguas Jiménez, visto en tres cuartos.



Lám. 4.—Modelo de la estatua de José Yanguas Jiménez, visto desde un lateral.

HERÁLDICA